

Excmo. Sr. D. Martínez de la Rosa
Ej. 452. m. 10520

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

EXCMO. SR. D. FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA,

el día 16 de Noviembre de 1857

con motivo de la apertura de las cátedras

DEL

Ateneo Científico y Literario

DE ESTA CÓRTE.



MADRID:—1857.

IMPRESA DE TEJADO,

A CARGO DE FRANCISCO DE ROBLES,
Leganitos, 47.



Caja 462. n. 10520

DISCURSO.

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

EXCMO. SR. D. FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA,

el día 16 de Noviembre de 1857

con motivo de la apertura de las cátedras

DEL

Ateneo Científico y Literario

DE ESTA CÔRTE.



MADRID:—1857.
IMPRESA DE TEJADO,
Á CARGO DE FRANCISCO DE ROBLES,
Leganitos, 47.



Señores:

Al principiar el nuevo curso, para que acuda solícita la juventud estudiosa, la primera reflexion que ocurre al pensamiento es si será cierto, como algunos pretenden, que la ilustracion dañe á la moralidad de los pueblos; porque, si así fuese, en vez de abrir de par en par las puertas de los establecimientos dedicados á la pública enseñanza, debiera colocarse su ángel con espada de fuego, como á la entrada del Paraíso.

Ante todas cosas convendria dirigir esta pregunta á los sustentadores de tan extraña doctrina: enriquecer el entendimiento con gran caudal de ideas ¿qué influjo pernicioso puede ejercer en la voluntad? Si las nociones que se adquieren son falsas, si trastornan los eternos principios del bien y del mal, causarán impresion no ménos



profunda que funesta en el ánimo de la juventud; pero, en ese caso, no sería la gran copia de conocimientos, sino su mala calidad la que causase tales estragos. Una gota de licor corrompido basta para inficionar el vaso más precioso.

Áun cuando se recorra con solícito anhelo la escala de las ciencias, no será fácil señalar la que por su propia índole y naturaleza ofrezca riesgos á la moralidad. No ciertamente la dialéctica, que dicta las reglas para encaminarse á la averiguacion de la verdad, colocando las ideas en un orden natural y sencillo.

Ni tampoco la metafísica; ya estudie las facultades del alma, y deduzca de ellas su espiritualidad, ya se eleve hasta el conocimiento del Supremo Hacedor y de sus soberanos atributos. ¿Ni qué mejor estímulo para la observancia de los preceptos de la moral que el conocimiento de un Dios, omnipotente y justiciero, que recompensa y castiga en la otra vida, segun las acciones del hombre?

El estudio de las ciencias naturales no puede ménos de engrandecer la idea que concebimos de Dios. La multitud y variedad de seres que pueblan la tierra y el aire y las profundidades del mar, el orden admirable que reina en la naturaleza, el concierto con que se mueven en el espacio millones de astros, siguiendo la senda que les señaló la diestra de Dios... ¡yo nunca he llegado á

concebir cómo haya podido existir un astrónomo ateo!

Pasando del mundo físico al moral, también se descubre la mano de la Providencia, al través de los siglos, en la no interrumpida cadena de los acontecimientos humanos. El gran Bossuet la vió manifestamente; remon-tándose en alas de su génio á la mayor altura, como el viajero que sube hasta la cumbre de los Alpes y ve á sus piés las tormentas que conturban la tierra.

Áun sin poseer la vasta capacidad de aquel varon insigne, no se pueden contemplar con detenimiento los anales del mundo y ver desarrollarse ante nosotros ese inmenso panorama, sin advertir el encadenamiento de causas y de efectos, los eternos principios de la moral sancionados por el trascurso de los siglos, y castigados con severa expiacion, más ó ménos cercana, las faltas de los Príncipes y los extravíos de los pueblos.

Como no sea fácil indicar el ramo de conocimientos humanos que contribuya á la corrupcion de la moral, se ha solido apelar á vagas declamaciones, pretendiendo que la ilustracion ofrece no pocos peligros al sentimiento religioso, tan útil, tan necesario á la quietud y felicidad de los pueblos.

Mas, por lo que á mí toca, estoy íntimamente convencido de que pocas ofensas tan graves pueden hacerse á la divina Religion que profesamos, como suponer que busca y ama las tinieblas. Cierto que, al levantarse la

Cruz en la cima del Gólgota, hasta el Sol se oscureció de espanto; pero allí mismo se encendió la luz que había de alumbrar al universo.

Á los primeros cristianos les bastaba el sencillo símbolo de la fe, para orar en el fondo de las catacumbas y bendecir á Dios al morir en el circo; mas apenas fué extendiéndose la nueva Religion, destinada á destronar á los ídolos y cambiar la faz del mundo, ya aparecen varones eminentes por su saber profundo, no ménos que por sus virtudes, sustentando la lucha como vigorosos atletas.

Desde los primeros siglos se descubre al Gran Tertuliano, y á los Padres de la Iglesia de Oriente, recogiendo los tesoros de la escuela de Alejandría, y rivales de los filósofos más afamados de la Grecia. ¿Quién, en aquellos remotos tiempos, disputará la palma, en unas y otras dotes, á un San Juan Crisóstomo, á un San Agustín, á un San Gregorio Nacianceno?...

Cuando, de resultas de la irrupcion de los bárbaros, quedó la Europa envuelta en profundísima tiniebla, las ciencias y las letras, huyendo del fragor de las armas, se acogieron al asilo de los monasterios; y allí se conservaron las preciosas reliquias del humano saber hasta la feliz época del renacimiento. Áun ántes de ese tiempo se ve brillar, como un faro luminoso en noche oscura, á Santo Tomás, dedicado al cultivo de la política y la filo-

sofía, siguiendo las huellas de Aristóteles y precediendo en la carrera de los adelantamientos humanos á Bacon y á Descartes.

¿Y qué diremos de los sapientísimos varones que añadieron nuevo lustre á la Iglesia de España en el siglo décimo sexto? ¿Un Luis Vives, un Melchor Cano, un Hernando de Talavera y el gran Jimenez de Cisneros, que con la misma diestra que maneja las riendas del Estado, empuña la espada en las costas de África y echa los cimientos de una Universidad famosa? Suprimid los nombres de tantos varones insignes, cuya sabiduría era igual á la santidad de sus costumbres; medid sus nobles y majestuosas figuras por vuestro mezquino compás, destructores de las ciencias y de las letras, y borrais las páginas más gloriosas de la historia de España!

Lo singular es que ellos mismos incurren, sin saberlo, en un sinnúmero de contradicciones. ¿Quién os ha dicho (pudiera preguntárseles) que la Religion que profesamos es la única verdadera? ¿Quién que los libros sagrados son auténticos, los milagros ciertos, la tradicion, no interrumpida por diez y nueve siglos, testimonio de verdad y augurio de esperanza?... ¿Quién os ayuda á contrarrestar los errores de los heresiarcas, los extravíos de la impiedad, los falsos sistemas que minan hasta el fondo mismo de las sociedades humanas? La razon, mil veces la razon... ¡Hijos desnaturalizados, in-

gratos, os valeis de las armas de la razon y despues las arrojaís al fuego!

No la desheredeis (siquiera en gracia de su divino origen) del rico patrimonio que Dios mismo le ha concedido; y contentaos con indicarle sus verdaderos límites, que nunca traspasa impunemente. Decidle cuán sujeta está á errores, si desdeña el auxilio del Cielo; decidle que no basta ella sola para purificar el santuario de la conciencia y para afianzar los eternos principios en que descansa la paz de las naciones.

Nunca tal vez, desde que existe el mundo, ha hecho la razon tan jactancioso alarde como cuando osó, á fines del siglo pasado, arrojar á Dios de su templo y colocarse sobre el ara; pero aquel ara cayó anegada en sangre, yno encontró más sacrificadores que el verdugo.

Así es como la Divina Providencia ofrece al hombre, con sus propios excesos, útil enseñanza, saludable escarmiento. Mas seria absurdo imaginar que, para preservar á los pueblos de tan funestos extravíos, sea útil y conveniente sepultarlos en la ignorancia. Al contrario, puede sin temor afirmarse que, en la edad presente, la nacion que se quedase rezagada, en medio del rápido movimiento que impele más ó ménos á todas, léjos de ostentar el vigor y lozania de los tiempos primitivos, apareceria á la faz del mundo como una momia desenterrada.

Mas la instruccion que se dé al pueblo debe ser sólida y sencilla , acomodada á su capacidad , de palpables ventajas en todas las condiciones de la vida. Las máximas que se inculcan desde la edad más tierna, tarde ó nunca se borran , y más si se graban en el ánimo á la par que penetra en el corazon el sentimiento religioso.

Una buena educacion, fundada en estos principios y que se extienda hasta las ínfimas clases , me parece el mejor preparativo para libertar á los pueblos de la enfermedad moral que aqueja á la generacion presente , y que amenaza con mayores riesgos , si no se acude á su remedio.

Si , en vez de seguir esta senda , se confía la salvacion de las naciones á la ciega ignorancia , muy de temer es que el despertar sea no ménos terrible que sangriento.

Si carece el pueblo de las indispensables nociones del bien y del mal ; si , á la par que siente el estímulo de las necesidades de la vida , á duras penas satisfechas , se excitan sus violentas pasiones y se les representa bajo un aspecto odioso á las clases acomodadas , ¿ qué dique será bastante poderoso para contener el torrente el dia que se desate ?

Ya que no en escala tan vasta , pero cimentada en los mismos principios , debe ser la educacion que se dé

á las clases medias; lo cual no sólo les proporcionará ventajas materiales, sino que contribuirá poderosamente á moralizarlas. Por desgracia , no se habia atendido en España, cual se debiera , á un objeto de tanta trascendencia. Notábase un inmenso vacío entre la educacion de la infancia y la enseñanza de ciertas profesiones, que parecian privilegiadas, ya que no exclusivas. De donde resultaron dos efectos, á la par lamentables: que aquellos estudios se resintieran de la falta de preparacion, y que escaseasen los medios de adquirir los conocimientos que son tan provechosos á todas las clases de la sociedad.

Ya se ha procurado ocurrir á tan sensible falta; y cuando son tan frecuentes las relaciones entre unos y otros pueblos, que no parece sino que aspiran á formar uno solo, España no pudiera sin desdoro presentarse en un estado de visible atraso en la asamblea de las naciones cultas.

Cuantos contribuyan á impedirlo, difundiendo la instruccion, á la par sólida y escogida, prestan un servicio señalado á su patria, cuando no sea á otras naciones. Yo recuerdo haber seguido un curso de física en el *Ateneo* de París (cuyo nombre suena bien en este recinto), y el profesor Mr. Pouillet, muy jóven todavía, explicaba la teoría de la electricidad y del magnetismo. Procedíase á la sazon por meras conjeturas; apénas se

tentaban algunos tímidos ensayos; y no sólo los discípulos, sino el profesor mismo, estaban muy léjos de imaginar que, al cabo de pocos años, se hallaria el medio de poner en instantánea comunicacion á las partes más remotas del globo.

Habiendo dedicado á la enseñanza los mejores años de mi vida, miro con especial cariño tan útil profesion, no ménos que á los que dignamente la ejercen. Así, no es maravilla que sepa dar el justo valor á los laudables esfuerzos de los que, sin más recompensa que su propia satisfaccion, contribuyen con sus sábias lecciones á mantener el crédito y renombre de este establecimiento.

Y vosotros, jóvenes aplicados, que acudis con anhelo de instruiros, no desistais de vuestro noble propósito por las dificultades y obstáculos que tal vez encontréis en la emprendida senda. Sin vigoroso esfuerzo no se llega á tocar la suspirada meta, y sería de escaso valer el lauro, si no mediase lucha.

Se ha solido llamar á la juventud la primavera de la vida; pero tened presente que pasa en breve la estacion de las flores; y Dios ha dispuesto, en su infinita sabiduría, que se recoja el fruto de la tierra, regado con el sudor del hombre.

